

LECTURAS DEL DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO B

Padre Pedro José Ynaraja Díaz

COMENTARIO

Vivimos en el cuerpo, dice San Pablo a los corintios. Vivimos en la corporeidad corpórea, diría yo para entendernos, en la realidad que nos encierra en el espacio/tiempo. Una realidad que no desaparecerá del todo, pero que sin dejar de ser corporeidad, tendrá nueva apariencia y nuevas cualidades. Como dice en 1Co 15,44 "se entierra el cuerpo físico, pero lo que resucita es el cuerpo espiritual".

Nos ilumina la Fe o caminamos a oscuras, pero todos deberemos comparecer ante Dios que juzgará nuestra conducta. San Pablo nos recuerda que debemos ser precavidos al respecto.

Vuelvo de un viaje de escasos tres días. Iba con unos treinta compañeros sacerdotes, casi todos ellos de otros continentes, les advertía que la cultura bíblica está enraizada en la cuenca mediterránea. En el inicio contemplábamos encinas, poco después los que veíamos eran robles, para al final volver, de nuevo encinas. Suntuosos ambos, pero diferentes, propios y adaptados cada uno a su paisaje y a su clima. La majestad, durabilidad y dureza de su madera, se distingue de la de los vulgares álamos.

En Israel pasa algo semejante. Abundan encinas, pinos y sicomoros. Al norte, en tierras libanesas crecían y todavía crecen, majestuosos cedros. La admiración que uno siente por esta conífera la sentía Israel y el mismo profeta, de aquí que para predicar la excelsitud de la predilección que el Señor siente por su pueblo, se exprese comparándolo con la nobleza y selecto aroma de la madera de cedro. Hoy en día los cedros crecen por doquier, cuando los observemos y admiramos, pensemos en el Maestro padre amigo y protector nuestro

El Señor en el fragmento evangélico que se proclama en la misa de este domingo también acude para sus enseñanzas al reino vegetal.

En la primera parte se refiere a los cereales. Todos hemos visto granos de trigo, seguramente también campos de cultivo repletos de este y otros cereales. En tiempos no muy lejanos, en los de mi niñez y juventud, todavía veía a los segadores cumpliendo su oficio y poco más tarde trillar, beldar y ensacar. Hoy en día estas funciones las cumplen las máquinas y el Maestro con seguridad pondría otros ejemplos, pero supongo que vosotros aunque no las hayáis visto, os costará muy poco entender la enseñanza de Jesús.

En la segunda parte, el ejemplo que pone nos es desconocido. He estudiado en enciclopedias y consultado con ingenieros agrícolas de Tierra Santa y me dicen que no se trata de una planta específica la que menciona el Señor. La mostaza que ponen nuestras libras nada tiene que ver con la sinapis de nuestras salsas.

Tampoco la que por aquellas tierras se atribuyen. Se trata simplemente de hierbajos o arbustos. Imagino que el Maestro podría decir hoy que lo que ocurre es semejante a un pequeño piñón, una de las semillas arbóreas más pequeñas, que plantado, regado y pasado suficiente tiempo, puede convertirse en un gran árbol con el que fabricarse un barco y atravesar el océano. En cambio la mayor patata que uno pueda conseguir, plantada en el mejor terreno, muy pronto germinará y

crecerá, pero sin llegar a alzarse ni siquiera un metro de altura y con sus tallos no se podrá fabricar nada útil.
ino pretendáis ser patatas, queridos lectores!

TEXTOS

Ezequiel 17,22-24

Esto dice el Señor Dios: «Arrancaré una rama del alto cedro y la plantaré. De sus ramas más altas arrancaré una tierna y la plantaré en la cima de un monte elevado; la plantaré en la montaña más alta de Israel; para que eche brotes y dé fruto y se haga un cedro noble. Anidarán en él aves de toda pluma, anidarán al abrigo de sus ramas. Y todos los árboles silvestres sabrán que yo soy el Señor, que humilla los árboles altos y ensalza los árboles humildes, que seca los árboles lozanos y hace florecer los árboles secos. Yo, el Señor, lo he dicho y lo haré.»

Segunda carta de san Pablo a los Corintios 5 ,6-10

Siempre tenemos confianza, aunque sabemos que, mientras vivimos en el cuerpo, estamos desterrados, lejos del Señor. Caminamos guiados por la fe, sin ver todavía. Estamos, pues, llenos de confianza y preferimos salir de este cuerpo para vivir con el Señor. Por eso procuramos agradarle, en el destierro o en la patria. Porque todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo, para recibir el premio o el castigo por lo que hayamos hecho en esta vida.

Evangelio según san Marcos 4, 26-34

En aquel tiempo, Jesús dijo a la multitud: «El Reino de Dios se parece a lo que sucede cuando un hombre siembra la semilla en la tierra: que pasan las noches y los días, y sin que él sepa cómo, la semilla germina y crece; y la tierra, por sí sola, va produciendo el fruto: primero los tallos, luego las espigas y después los granos en las espigas. Y cuando ya están maduros los granos, el hombre echa mano de la hoz, pues ha llegado el tiempo de la cosecha.»

Les dijo también: «¿Con qué compararemos el Reino de Dios? ¿Con qué parábola lo podremos representar? Es como una semilla de mostaza que, cuando se siembra, es la más pequeña de las semillas; pero una vez sembrada, crece y se convierte en el mayor de los arbustos y echa ramas tan grandes, que los pájaros pueden anidar a su sombra.»

Y con otras muchas parábolas semejantes les estuvo exponiendo su mensaje, de acuerdo con lo que ellos podían entender. Y no les hablaba sino en parábolas; pero a sus discípulos les explicaba todo en privado.